

RECONSIDERACIONES SOBRE EL PROBLEMA DE -LY-, -K'L-, -G'L- Y -T'L- EN EL ANTIGUO LEONÉS

Los estudios de filología románica en el ámbito hispánico han estado basados tradicionalmente en los estudios que ya hace muchos años desarrollara Menéndez Pidal. Su obra *Orígenes del Español* supuso un enorme avance en el aspecto reconstructivo de los dialectos hispánicos. Uno de los grandes méritos de esta obra es, a nuestro juicio, haber logrado una presentación de los hechos de tal magnitud con un corpus documental infinitamente más reducido del que cualquier investigador podría disponer en la actualidad. Pidal además efectuó su reconstrucción a partir de la observación de las soluciones actuales, análisis éste que puede plantear, sin duda, algunos problemas.

Nuestro objetivo consiste en efectuar, a la luz de documentos a los que Pidal no tuvo acceso, una revisión del estado de la lengua en la época de los orígenes. La vía más idónea, desde nuestro punto de vista, a través de la que resulta lícito efectuar esta reconsideración de los hechos, consiste en el aprovechamiento de los datos gráficos de los documentos. Este es el planteamiento de lo que se ha dado en llamar la Escritología, cuya aplicación puede revelar datos de gran interés en la investigación del estadio primitivo de los dialectos. Partimos de la previa convicción de que en la época de los orígenes existen verdaderas normas gráficas, en la medida que los copistas aprenden a escribir en una norma. Desde esta perspectiva, habría que interpretar los problemas gráficos que ocurren en este período no como una situación de anarquía, como muchas veces se ha defendido, sino como una lucha de normas gráficas¹.

Partiendo de esta premisa, la labor inicial consistirá en ir agrupando documentos según distintas normas gráficas. Para este estudio hemos utilizado las que provienen de los resultados de los grupos -LY-, -K'L-, -G'L-, -T'L-², grupos que adquieren mayor relevancia en la documentación leonesa. Estas formas deben ponerse en conexión con los resultados de -DY-, un tema «tratado con poca fortuna, aún en las obras preeminentes de la filología hispánica y románica»³.

Previamente, efectuaremos un breve repaso por la situación descrita por la filología tradicional:

- a) Menéndez Pidal (*Orígenes*): Según Pidal, los casos de -LY-, -K'L-, -G'L-, -T'L- se hallan oscurecidos «por la imprecisión de la grafía»⁴. Para Pidal la solución

1. Aquí es donde radica una de las diferencias más significativas respecto al método de Pidal.

2. Si además de este rasgo, incluyéramos otros también significativos, profundizaríamos en esta caracterización, en la medida que la refuerzan y permiten una agrupación en más subapartados. Esta es una labor que estamos dispuestos a realizar en un futuro próximo.

3. Cf. V. García de Diego: *Gramática Histórica Española*. Madrid, edit. Gredos, 1970. 3ª ed., p. 131.

4. Cf. Menéndez Pidal: *Orígenes del español*. Madrid, Espasa-Calpe, 1980. 9ª ed. Cit. p. 274.

primitiva de estos grupos es [j], tal y como observa en territorios navarro-aragoneses. En estas zonas, las grafías (l), (ll), (lg) o (gl) representan claramente un tipo de pronunciación palatal.

En los territorios de La Rioja localiza Pidal grafías del tipo (ll), además de grafías latinizantes como (li)⁵.

La situación es diferente en Castilla. En este territorio las grafías documentadas (gg), (gi), (gi), (ij), (i), (g), (ih), y (j)⁶, la más frecuente, parecen dar a entender una solución prepalatal y no lateral. La única que plantea cierto problema es la grafía latinizante (li). Ello no es óbice para que en territorios fronterizos de Castilla con otras áreas lingüísticas puedan encontrarse soluciones propias de esas otras zonas en documentación castellana. De hecho, en territorios orientales no es extraña la grafía (ll)⁷.

En el caso del leonés la situación descrita por Pidal puede resumirse en los siguientes puntos:

- 1) En los siglos X y XI la pronunciación leonesa tuvo que ser [j], tal y como ratifican los ejemplos aportados por Pidal respecto a los documentos de esta época localizados en Sahagún⁸.
- 2) Muy pronto asistimos a una rápida extensión de la grafía (y), que es la propia del leonés. Tal extensión tiene lugar especialmente en el siglo XIII. Pese a ello, cree Pidal que la expansión de la grafía (y) ocurre sobre todo en territorios propiamente leoneses. Así de hecho en los territorios occidentales alejados de la influencia castellana afirma Pidal que la grafía utilizada en el XIII es (y), «más que la antigua *l* o *ll*», siendo incluso extrañas las grafías (j), (i) o (g). En el último cuarto del siglo XIII en territorios propiamente leoneses «la y se hace grafía casi única y exclusiva». Por el contrario, en las zonas orientales del leonés, próximas a Castilla, la situación es sustancialmente distinta: ahora las que tratan de imponerse son (i) y (g) frente a (y); además el uso de (l) o (ll) es bastante minoritario. En el último cuarto del XIII las grafías impuestas en estas zonas son (j), (i) y (g), cuyo valor fonético sería muy probablemente el mismo que en Castilla, esto es, la forma prepalatal fricativa [z].

Esta situación queda sistematizada en el cuadro adjunto (vid p. sig.)

- b) García de Diego (*Gramática histórica*): La situación descrita por García de Diego no es tan precisa. Respecto a los grupos secundarios -K'L-, -G'L-, -T'L-, señala la gran extensión del resultado lateral palatal [j]. En general considera reducido el primitivo solar donde estos grupos originaron un sonido prepalatal fricativo sonoro [z]:

5. Pidal hace referencia a la influencia navarro-aragonesa en la documentación castellana de Silos. Así explica la presencia de formas gráficas con indudable referencia a una pronunciación lateral [j], aún sin descartar la posibilidad de que se trate de arcaísmos que preceden a la que será la solución típica de Castilla, de carácter prepalatal.

6. En un momento Pidal afirma que la grafía (j) podría también indicar un tipo de pronunciación [y], aunque no lo cree a la vista de las otras grafías documentadas.

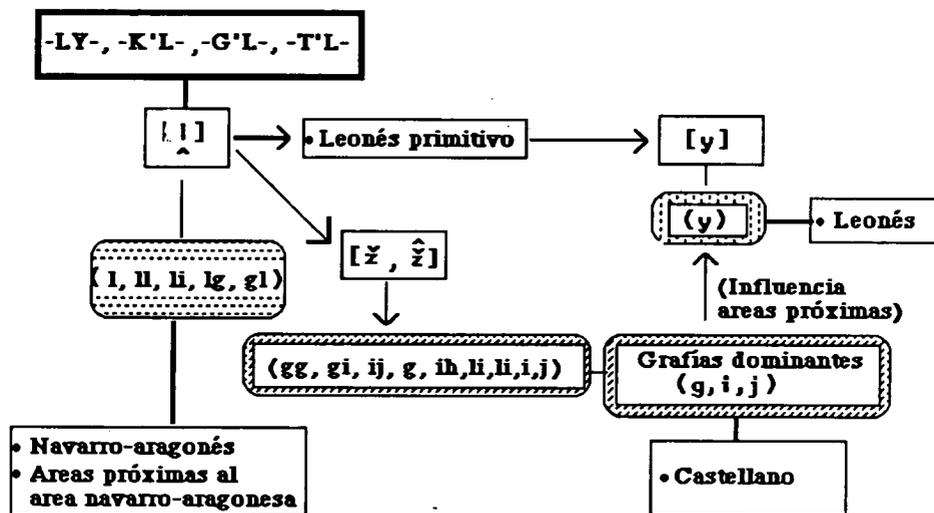
7. Igualmente recuerda Pidal el uso común de (ll) en documentos mozárabes.

8. Sahagún es un territorio limítrofe con Castilla, razón por la que Pidal se plantea si otras grafías como (g) o (i), documentadas fundamentalmente en documentos del XII de esta zona equivalen a una pronunciación lateral o prepalatal.

«Las zonas de *zj* procedentes de los grupos *cl, gl, tl* debieron ser en un principio reducidas y probablemente inconexas, limitadas en Asturias y León a las vertientes de la Cordillera Cantábrica y en Castilla a unos focos de Palencia y de la región central y occidental de Burgos».

Respecto al resultado del grupo -LY-, García de Diego señala de pasada el resultado general [y] en territorio leonés.

CUADRO I



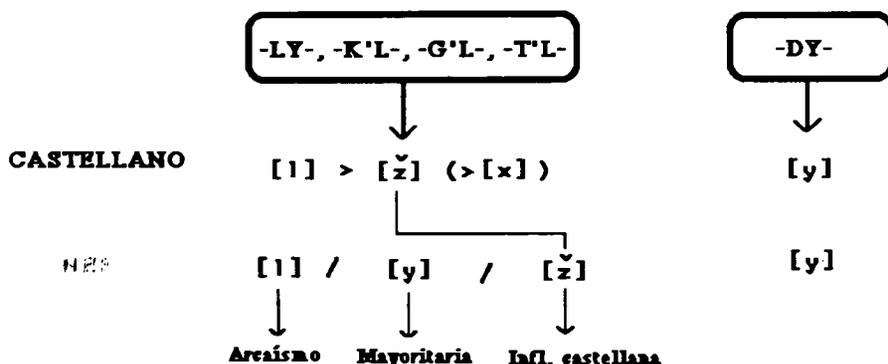
García de Diego reflexiona sobre los no desdeñables problemas que plantean los resultados de -DY-, fenómeno que tiene un especial interés en un estudio contrastado entre castellano y leonés, en la medida que resulta insuficiente limitarse a dar cuenta de la continuidad de resultados en ambos dialectos, hablando de una solución común [y].

García de Diego, intentando de dar solución a este tema «tratado con poca fortuna aún en las obras preeminentes de la filología hispánica y románica»⁹ comprueba un buen número de voces en castellano con [χ], es decir, que debieron tener antiguamente una pronunciación prepalatal fricativa, procedentes del grupo -DY- (odiare > *ujar*, repudium > *rebojo*, *studiare > *estojár*, etc.). La explicación que argumenta este filólogo es la de la propia inestabilidad fonética de estos sonidos de la serie palatal, de manera que «cualquier influencia ocasional, emotiva, de posición o de tendencia local» puede llevar a una [y] hasta una pronunciación [ʃ] o, incluso, [ç] (ch) «por una tendencia más vehemente circunstancial o geográfica».

9. Cf. García de Diego, *op. cit.*, p. 131.

Una respuesta alternativa a este problema es la que ofrece el prof. José Antonio Pascual en el análisis de la voz *estoyo*¹⁰. Parte de una base por casi todos aceptada: los resultados de -LY-, -K'L-, -G'L-, -T'L-... ofrecen en castellano un primer resultado lateral palatal, que tiende a convertirse en prepalatal fricativo y que terminará por velarizar. Esto es, [l̥] > [ʎ] > [χ]. Frente a ello, el resultado de -DY- es [y]¹¹. Por otro lado, la situación en leonés es análoga en los casos de -DY-, pero es distinta en el caso de -LY-, -K'L-, -G'L-, -T'L-, pues si bien hay un primer resultado [l̥]¹², al parecer la solución típicamente leonesa es [y], pero que puede llegar a igualarse a la situación castellana [ʎ] ante el avance de este dialecto frente a los demás¹³.

El problema se sistematiza en el siguiente cuadro:



Partiendo de esta premisa, está bastante claro que un hablante leonés podría diferenciar claramente lo que es leonés de una solución castellana en los casos en los que hay divergencia inicial en cuanto a los resultados etimológicos, en nuestro caso, los fenómenos de -LY-, etc, no así en los resultados de -DY-, análogos en ambos dialectos. Pero las dificultades se plantean en aquellos casos de leonesismo que no tienen paralelo en castellano. El comportamiento de un hablante leonés ante estos casos es muy particular, dado que no tiene una conciencia etimológica de la forma: cuando mantiene una variante cla-

10. Cf. J.A. Pascual: «Los derivados salmantinos del leonés estoyo», en *Voces*, I, 1990, pp. 63-70.

11. No olvidados los problemas que plantea García de Diego respecto a las diferentes soluciones del grupo. En cualquier caso, parece claro que el resultado primario en castellano en [y].

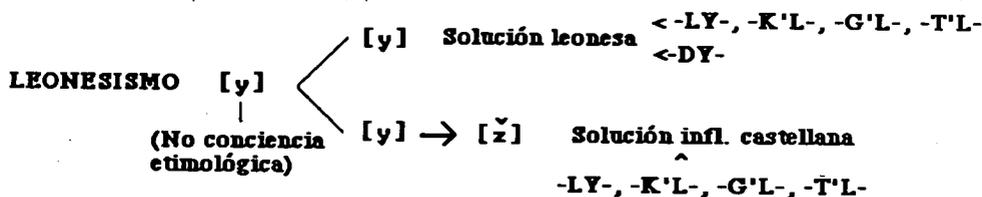
12. Esta pronunciación sería la más culta, aunque pronto quedaría convertida en arcaica, como demostraremos más adelante. Tampoco hay que olvidar respecto a estas soluciones la mayor proximidad del leonés al galaico-portugués en comparación con dialectos como el castellano.

13. Hay que considerar que la diferencia entre los dialectos se limitaba fundamentalmente al plano léxico, un corpus diferenciador, hay que decirlo, bastante reducido. En los otros planos hay mayor semejanza, salvo pequeñas diferencias morfológicas. Esto nos lleva a afirmar que es perfectamente justificado pensar que los hablantes de distintos dialectos no sólo se entendían perfectamente, sino que incluso serían capaces de tener diferentes pronunciaciones de un sonido. Así, una hablante leonés podría en una pronunciación culta pronunciar en los casos de LY [l̥] en registros cultos, [y] en un lenguaje más cotidiano y localista e, incluso, [ʎ] si quisiera acercarse a la pronunciación castellana. Estas cuestiones las ha dejado bastante clara la Sociolingüística, que observa en la pronunciación de los sonidos factores de tipo geográfico, de registro o de nivel social del hablante.

ramente leonesa utilizará [y] y si quiere acercarse a la forma castellana optará por [ž], sin darse cuenta que esos leonesismos pueden tener una base -LY-. El profesor Pascual ha explicado muy bien el fenómeno:

«Al superponerse el castellano sobre el leonés en ese antiguo territorio, la «y» de este último se repartió en «y» y «j», adaptándose a los resultados que -K'L-, -LY-/DY- habían tenido en castellano. Era razonable que esto ocurriera con todo el fondo léxico que era común a los dos dialectos; pero no con aquellos otros vocablos exclusivos del leonés, que adoptaron su [y] («y») a [ž] («j»), pues los hablantes, sin el apoyo de la solución comparativa castellana, acudieron normalmente al sonido que tenía una frecuencia más alta en este dialecto»¹⁴.

Gráficamente la representación del fenómeno se asemejaría a la siguiente:



Esta explicación supera la idea de la simple «inestabilidad» del grupo -DY-, apuntada por García de Diego¹⁵, y sirve para explicar determinados fenómenos que Pidal dejó sin resolver.

Partiendo de este punto nos hemos propuesto ahondar aún más en los problemas que ofrecen estos grupos -LY-, -K'L-, -G'L-, -T'L-¹⁶ en el leonés. Para ello nos hemos centrado en un amplio corpus de más de 600 documentos del Monasterio de Carrizo¹⁷.

De entre todos los documentos consultados, hemos prescindido en nuestro análisis de una gran parte de ellos anteriores a 1230, dado que, si bien presentan, sobre todo algunos de ellos, claros elementos romances léxico, morfológicos y, especialmente, sintácticos¹⁸,

14. Cf. J. A. Pascual, *op. cit.*, p. 69.

15. Bajo esta misma explicación se podrían incluir otras formas del tipo REPUDIUM > rebojo, RADIARE > radar, STUDIUM > estoyo, estojo, ésta última analizada monográficamente por Pascual en el estudio arriba citado.

16. A partir de ahora hablaremos de LY, refiriéndonos implícitamente a los otros grupos mencionados con resultado fonético análogo.

17. Vid. *Colección Diplomática del Monasterio de Carrizo* (ed. de M^a Concepción Casado Lobato). León, Centro de Estudios e Investigación «San Isidoro», 1983, de gran calidad y rigor científico en cuanto a su transcripción. Dichos documentos han sido utilizados para estudios entre los que destacamos las recientes investigaciones de José R. Morala sobre el leonés, especialmente en su artículo «aún en prensa» «Los fonemas /ž, y/ en la documentación medieval leonesa», presentado en Sevilla en 1990 con motivo del II Congreso Internacional de H^a de la Lengua Española. Cf. también «Resultados de PL- KL- y FL- en la documentación medieval leonesa», en *Actas del I Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española*. Madrid, Arco-Libros, 1988, I, pp. 165-175, además de «Las sibilantes en la documentación medieval leonesa», en *Actas del XIX Congreso Internacional de Lingüística y Filología Románica*. Santiago (en prensa).

18. No perdemos de vista las interpretaciones de Wright (Cf. R. Wright: *Latín tardío y romance temprano en España y la Francia carolingia*. Madrid, edit. Gredos, 1989) respecto a los textos de los orígenes, así como la formulación de R. Blake que, dando un paso más en las teorías de Write, atribuye ya a documentación del S.

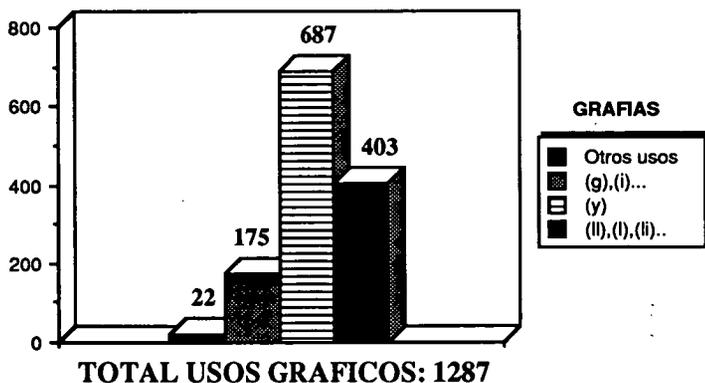
la latinización es muy fuerte desde un punto de vista gráfico y, desde ese punto de vista no ofrecen demasiado juego en cuanto a la localización de normas gráficas. Así, por ejemplo, es prácticamente total la utilización de la grafía latinizante (li) en casos del tipo *mulier, alieno, filio*, etc. Así pues, hemos incluido en nuestro análisis aquellos documentos con mayor grado de romanización antes de 1230, fecha a partir de la cual son ya muy abundantes, con alguna excepción, los documentos claramente romances. Sin embargo, el grueso de nuestro estudio lo conforman más de 400 documentos comprendidos entre 1230 y 1300.

Partiendo de los postulados de la Escriplogía en cuanto aprovechamiento de datos gráficos en la localización de normas gráficas, hemos podido observar las siguientes cuestiones que detallamos a continuación de forma más pormenorizada.

1) Podemos afirmar que la solución gráfica más extendida en el leonés es (y), hecho que corrobora lo que se ha venido defendiendo desde Pidal¹⁹. Morala supone que el uso de tal grafía en leonés «respondería a la creación de una norma gráfica leonesa», que se impone progresivamente a (ll), más próxima a la solución gallega, «a la que va sustituyendo progresivamente, y que, a su vez, será sustituida por la del castellano»²⁰.

Desde esta perspectiva, los usos de (ll) son sobre todo más generales a medida que retrocedemos en el tiempo, aunque esta afirmación habrá que matizarla más adelante. Por el contrario, las grafías que representan un sonido [ʒ] pertenecen normalmente a épocas más tardías o, al menos, nunca a fechas tempranas, lo que corroboraría la implantación de tal uso gráfico ante una progresiva extensión del castellano.

Gráficamente la situación que hemos descrito es la siguiente:

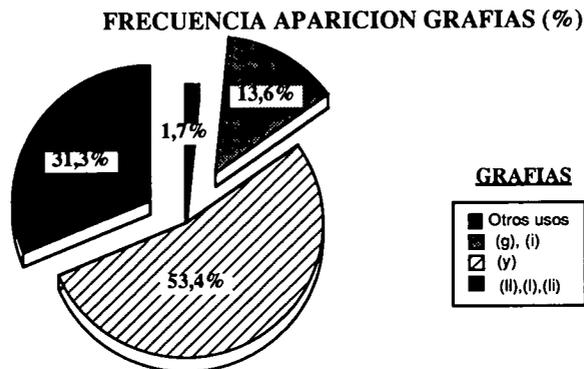


X el calificativo de *romance* desde un enfoque estrictamente sintáctico. Cf. R. Blake: «Aspectos sintácticos del Español Antiguo: La Prosa Latinizada del *Cartulario de S. Millán de la Cogolla*» (comunicación leída en el *II Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española*. Sevilla, 1990). Además cf su próximo artículo «Syntactic aspects of Latinized texts of the Early Middle Ages» (de próxima aparición en *Latin and the Romance Languages in the Early Middle Ages* (R. Wright edit.). London, *Romances Linguistics Series*.

19. A esta misma conclusión llegaba Morala en su estudio de los documentos de Carrizo, aunque se limitaba a hacer esta afirmación basándose en un corpus más limitado de apenas cincuenta textos fechados entre 1250 y 1255. Vid. art. cit.

20. *Ibid.*

Porcentualmente la frecuencia de aparición de tales usos gráficos en términos absolutos sería la siguiente²¹:

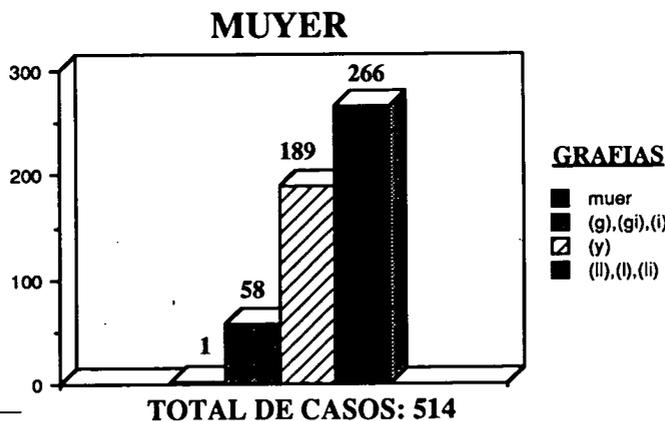


- b) Algo que resulta en cierta medida significativo es que podamos establecer diferentes normas gráficas, que permiten agrupar los casos recogidos en diferentes puntos:

1) Por un lado llama la atención el hecho de que sólo las palabras más usuales, las de uso más general, son las que se han visto sometidas a una influencia gráfica castellana, lo que equivale a decir que sólo en este grupo es posible observar las grafías que representan sonidos prepalatales fricativos [ʃ]. Nos referimos a las palabras *muyer*, *conseyo* (también *conceyo*), *meyor* y *fiyo* (junto a derivados del tipo *afiyado*, *fiyodalgo*).

Dentro de este primer grupo, es posible detectar ciertas normas gráficas diferentes:

Primeramente citamos la palabra *muyer*, que tiene un comportamiento un tanto especial, en cuanto que no existe una clara progresión a lo largo del siglo XIII en la imposición de la variante con (y), y ni siquiera una clara presencia de (g) o (i). De hecho, en términos absolutos es (ll) la grafía más común, como puede observarse en el siguiente gráfico:



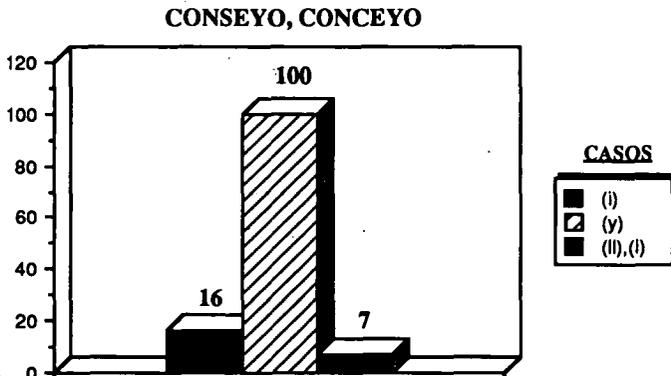
21. Nuestros datos no coinciden con la aportada con Morala, que señala un 61,5% de casos con (y), 30,5% con (ll) y un 8% restante con usos de (i). En todo caso, hay coincidencia en señalar la grafía (y) como «la más representada estadísticamente».

Se trata de un ejemplo no significativo, en la medida que la norma gráfica es diferente al comportamiento general de las palabras de uso común. Acaso pueda explicarse el uso arcaico de (ll) por su aparición como miembro de una fórmula repetida en documentos de compraventa. No olvidemos que éstos se caracterizan por su carácter más arcaico. Sin embargo, otras palabras dentro de ese tipo de documento aparecen con otras grafías, fundamentalmente (y)²².

En todo caso, en todo el período no se destaca en ningún momento la forma (y) frente a (ll). Lo único significativo es la continua ascensión de (g). Como ejemplo claro, frente a los 33 únicos casos de (g) en todo el período anterior a 1280, sólo entre 1281 y 1285 ya se localizan 19 ejemplos. Hay además un caso *muer* en un documento de 1250. Morala lo interpreta como error del copista. Nosotros, sin descartar tal posibilidad, consideramos otro tipo de interpretación, a la luz de ejemplos del tipo *fi*, *fy*, que analizaremos más adelante.

2) Las restantes palabras de uso común y, que por tanto, incorporan grafías (g), presentan en todos los casos un fuerte predominio de (y) frente a cualquier otro. Tal situación se encuentra en palabras como *conseyo* (*conceyo*), *meyor* (*meyoria*) y *fiyo* (y derivados del tipo *afiyado*, *fiyodalgo*). Pese a ello, el comportamiento de todas estas formas no es idéntico. Si bien hay una mayor frecuencia en el uso de (y) en formas del tipo *conseyo* y *meyor*, tal proporción es sensiblemente menor en el caso de *fiyo*. En este grupo además hay ciertos altibajos en los usos gráficos, hechos que no se deben a factores cronológicos sino a cuestiones de norma²³.

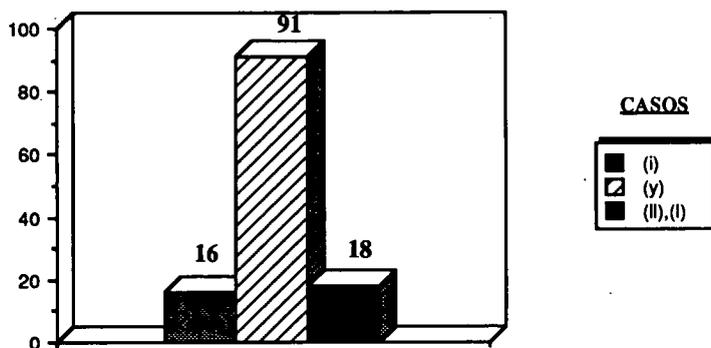
La situación en términos absolutos queda resumida en los siguientes gráficos:



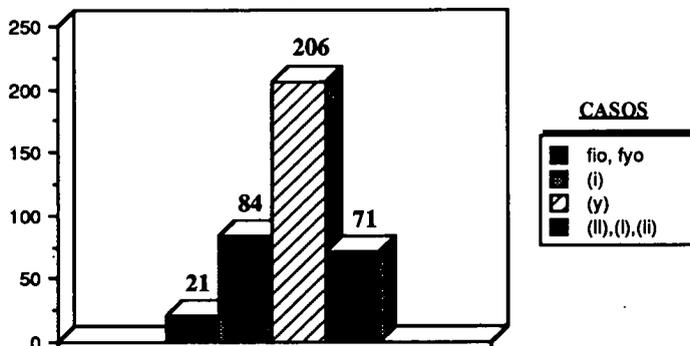
22. La palabra *muller* se engloba dentro de ese conjunto de palabras, cuya grafía no es especialmente significativa por inercia al cambio, tal como ocurre con la forma *omne*, que sigue escribiéndose así hasta épocas muy tardías. En cualquier caso, la opinión de Morala, que trata de explicar la presencia de (ll) sobre (y) por la aparición de la forma en formulismos notariales debe ser matizada. Estamos de acuerdo en el carácter más arcaico de estos documentos, y sin duda la información puede variar de unos documentos a otros dependiendo de su registro lingüístico. No obstante, el período 1250-1255 analizado por Morala no se corresponde al de otras épocas en donde la proporción de (ll) frente a (y) es más equilibrada, es menor o, incluso, superior. De hecho, en los documentos de 1281-1285 la proporción es de 29 casos de (ll) frente a tan solo 6 de (y). Sin embargo, aparecen ya 19 casos con (g), ausentes en el período analizado por Morala.

23. A modo de ejemplo, frente a épocas de claro predominio de (y), en el período 1281-1285 frente a 35 casos de (i), sólo hay 3 con (y) y 2 con (ll, l, li); en cambio esta última solución gráfica es la dominante en el período 1296-1300.

MEYOR, MEYORIA



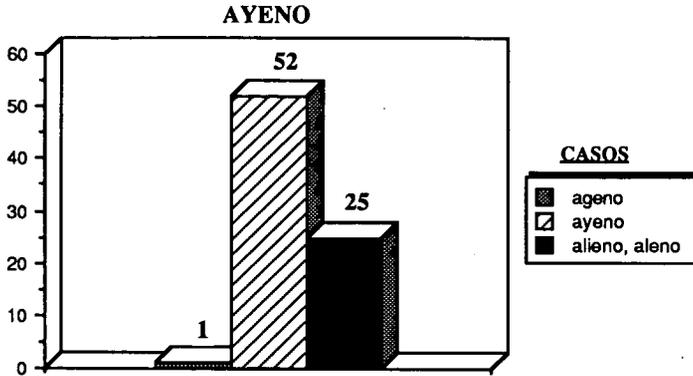
FIYO (AFIYADO, FIYODALGO)



FORMAS	(ll), (l), (li)	(y)	(g), (i), (j)	Otras
MUYER	51,75%	36,78%	11,18%	0,19%
CONSEYO	5,78%	81,30%	13%	—
MEYOR	14,4%	72,8%	12,8%	—
FIYO	19%	54%	21%	6%

3) Un lugar intermedio entre este grupo y los que analizaremos posteriormente lo ocupa la palabra *ayeno*, cuya frecuencia de aparición es algo menor a las arriba estudiadas pero alta en comparación con la de las restantes palabras que veremos a continuación. En esta forma es también la grafía (y) la más extendida, observándose además un claro fenómeno de consolidación a lo largo de todo el siglo XIII. Sin embargo, un dato diferenciador de esta palabra frente a las anteriores analizadas es el menor índice de aparición de la grafía (g), tanto en términos absolutos como relativos. De hecho, hay sólo una forma *ayeno*, documentada en el período 1261-1265.

Los siguientes gráficos son por sí mismos significativos:

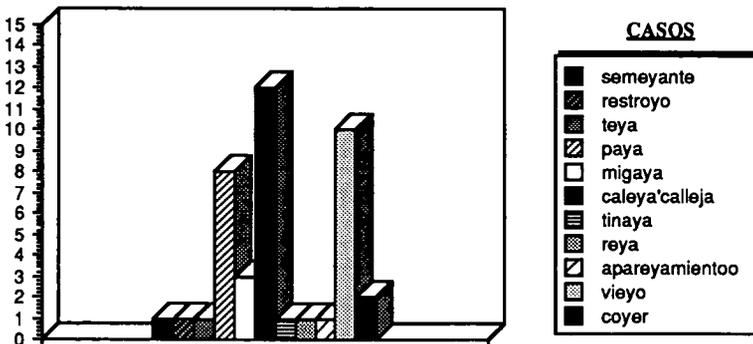


Desde un punto de vista frecuencial, estos usos gráficos tendrían la siguiente proporción:

(li), (l)	(y)	(g)
32,1%	66,6%	1,3%

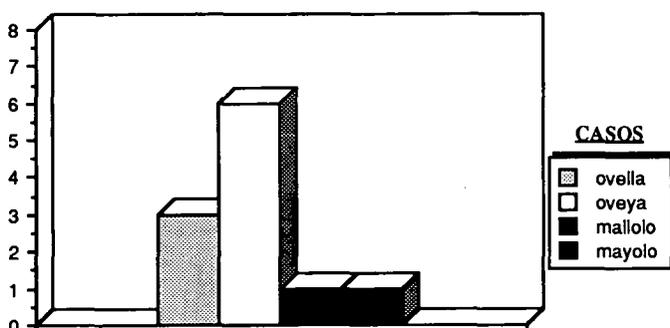
4) Por otro lado encontramos un grupo de palabras, cuyo índice de aparición es notablemente inferior a las anteriormente descritas. Significativamente en estas formas no aparecen en ningún caso grafías del tipo (g), (i), (j), hecho que parece indicar que sólo las voces de uso frecuente son las que se ven más claramente sometidas a una influencia de la pronunciación castellana [ʒ]. Un buen número de ellas ofrece sistemáticamente la solución gráfica (y) en todos los casos, lo que las convierte en formas significativas en la medida que su comportamiento se ajusta a la tendencia que hemos considerado propia dentro del leonés. Así ocurre con palabras como *semeyante*, *restroyo* («rastrojo»), *teya*, *paya*, *migaya*, *caleya* («calleja»), *tinaya*, *reya*, *apareyamiento*, *vieyo* y *coyer*.

CASOS CON GRAFIA (Y) SISTEMATICA



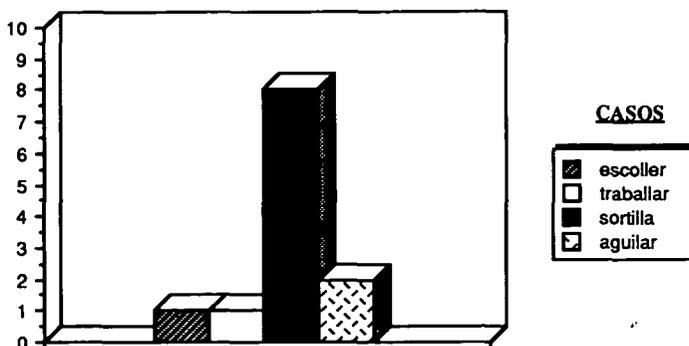
5) Una solución intermedia la ofrecen palabras como *oveya* y *mayolo*, en las que no hay un cumplimiento claro de la norma que funciona con las palabras anteriormente descritas. Aunque estamos convencidos del carácter poco significativo de estas palabras por el escaso número de veces en que están localizadas, observamos en ellas un comportamiento gráfico distinto, en la medida que no existe una progresiva implantación de (y) y reducción en cuanto al uso de (ll). Es más, en los pocos casos recogidos para ambas formas, la solución más tardíamente documentada es (ll); sin embargo, si bien hay una distribución del 50% entre ambas grafías en el caso de *mayolo* –sólo son dos ejemplos–, en el caso de *oveya* la grafía (y) es mayoritaria –6 casos frente a sólo 3 de (ll)–.

OVELLA-OVEYA / MALLOLO-MAYOLO



6) Menos significativas aún son las pocas palabras que sistemáticamente utilizan (ll). Son pocas palabras y muy escaso el número de veces en que aparecen a lo largo de todo el corpus documental. A veces se trata de un caso único o, cuando se trata de varios ejemplos, lo normal es que estos aparezcan concentrados en uno o, a lo sumo, dos documentos. Pese a ello, seguimos insistiendo en el hecho de la no aparición de grafías del tipo (g), (i), (j) en estas palabras que, en suma, se recogen en el siguiente gráfico:

FORMAS GRAFIAS (LL), (L) EXCLUSIVAS



7) Finalmente querríamos dedicar unas palabras a dos casos más concretos que aparecen en los documentos de Carrizo. Nos referimos a las variantes *muer* y *fio* (*fyo*). ¿Pueden ser interpretadas como errores? Morala así lo cree en el caso de *muer*. Nosotros, en cambio, entre este caso y las variantes *fyo*, *fio* no vemos sino una diferencia de orden cuantitativo (sólo 1 caso de *muer* frente a 16 casos de *fyo* y 5 de *fio*).

Algo que se observa con cierta frecuencia en los documentos que hemos analizado son las pérdidas de -DY- intervocálica. Si, como hemos afirmado, es cierta la igualación de resultados en leonés respecto a las evoluciones de -LY- y -DY-, estaríamos ante un nuevo caso de conexión entre ambos grupos. De la misma manera que [ʒ] = (g), (j), (i)... es lo que se considera propio del castellano y la pronunciación [y] = (y) del leonés, cuando se escribe *muer* y *fyo* se está optando por una solución leonesa propia, -DY- > y > Ø, pero extendida también a -LY- por tratarse de grupos con resultados análogos. Es decir, de la misma manera que hay igualación entre *mayor* respecto a *fiyo*, también la hay entre *maor* y *fio*²⁴. Morala, que se fija en este problema, considera que una posible razón de estas pérdidas en -DY- sea la de intentar diferenciarse respecto a las idénticas soluciones de -LY-.

En definitiva, hemos observado que en leonés del siglo XIII existe una norma gráfica extendida respecto a la transcripción de los resultados de -LY-, -K'L-, -G'L-, -T'L-, esto es (y), que ha desplazado a (ll) y que parece ceder ante (g), (j), (i) con el avance del castellano. No obstante, ello no es óbice para negar la existencia de otras normas confluyentes, de menor intensidad, localizadas, en ciertas palabras.

Llama la atención el hecho de que la castellanización afecte especialmente a palabras de uso extendido y frecuente y que, por el contrario, la norma gráfica leonesa se mantenga con mayor fuerza en voces menos abundantes.

Podemos comprobar la estrecha relación que mantienen estos grupos intervocálicos con -DY-, dada la confluencia de resultados en leonés, factor éste que está en la base de ciertos tipos de lo que podemos dar en llamar una «castellanización indirecta» de leonesismos con DY (casos de *estojo*) o de ciertas pérdidas que acompañan a los resultados de -LY- como resultado análogo de los casos -DY- > Ø en el leonés (casos *fio-maor*).

Desde nuestro punto de vista, creemos que en conjunto la teoría de Pidal sigue siendo válida, aunque algunos interrogantes planteados por su método estrictamente comparativista, pueden ser interpretados a la luz del aprovechamiento del plano grafemático²⁵. Una nueva luz, sin duda, para la oscura época de los orígenes.

CARLOS CABRERA MORALES
Catedrático de E. U.
de la Universidad de Salamanca

24. Tal vez sea lícito suponer que de la misma manera que debe hablarse de castellanización en soluciones gráficas del tipo *fio*, nos encontremos ante un proceso análogo en soluciones del tipo *maior* o *moio* (< MO-DIU). El problema radica en que no encontramos resultados gráficos (g) o (j) para casos de -DY- en leonés sino únicamente (i).

25. Especialmente en todo lo que afecta a las sibilantes medievales. Muestra de estas nuevas valoraciones se recogen en el artículo de J. A. Pascual: «Notas sobre las confusiones medievales de las sibilantes», en *LEA*, X, 1988, pp. 125-131.